

Proyectos de vida en parejas de jóvenes adultas y adultos profesionales de Bogotá*

Lindsay Benítez Barajas**

Trabajadora Social

Profesional Independiente

Resumen

El concepto de pareja y sus transformaciones a través del tiempo nos adentran en un complejo análisis de la realidad social y de las relaciones entre los seres humanos que definen una forma particular del ser y quehacer social de hombres y mujeres, y de los proyectos de vida en pareja. En la actualidad, la pareja está sujeta a diversas realidades, por lo que el significado social de su amor involucra elementos más complejos, como la convivencia, la forma del compromiso, las tensiones y negociaciones, entre múltiples factores que se expondrán en este artículo.

Palabras clave: proyecto de vida, parejas, relación erótico-afectiva, globalización, cotidianidad, construcción de vínculos.

...

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Benítez Barajas, Lindsay. 2013. "Proyectos de Vida en parejas de jóvenes adultas y adultos profesionales de Bogotá". *Revista Trabajo Social* 15: 59-85. Bogotá: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

Recibido: 21 de diciembre del 2012. **Aceptado:** 30 de agosto del 2013.

* Este artículo surge de la experiencia investigativa de la autora en la elaboración de su tesis de maestría "Proyectos de vida en parejas de jóvenes adultas y adultos profesionales de Bogotá: convivencia, cambios y permanencias", para optar al título de magíster en Trabajo Social, Familia y Redes Sociales, de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

** lbenitezb@unal.edu.co

Life Projects of Couples of Young Adults and Professional Adults in Bogotá, Colombia

Abstract

The concept of “couple” and its transformations over time lead to the complex analysis of social reality and of the relations among human beings that define a particular form of social being and action of men and women and projects for life as couples. Couples are currently subject to diverse realities, for which reason the social meaning of their love involves more complex elements such as coexistence, forms of commitment, tensions, and negotiations, among other multiple factors explored in the article.

Keywords: life project, couples, erotic-emotional relation, globalization, everyday life, construction of bonds.

Projetos de vida em casais de jovens adultas e adultos profissionais de Bogotá, Colômbia

Resumo

O conceito de casal e suas transformações através do tempo introduzem-nos em uma complexa análise da realidade social e das relações entre os seres humanos que definem uma forma particular do ser e da ocupação social de homens e mulheres, e dos projetos de vida em casal. Na atualidade, o casal está sujeito a diversas realidades, pelo que o significado social de seu amor envolve elementos mais complexos, como a convivência, a forma do compromisso, as tensões e negociações, entre múltiplos fatores que se exporão neste artigo.

Palavras-chave: projeto de vida, casais, relação erótico-afetiva, globalização, cotidianidade, construção de vínculos.

Introducción

La adultez joven es una etapa de la vida de los seres humanos, que se caracteriza por su desarrollo anatómico, fisiológico, psíquico e intelectual, y sucede entre los 26 y los 36 años de edad en hombres y mujeres. Las experiencias adquiridas hasta ese momento los configuran como sujetos con criterios claros para tomar decisiones sobre su proyecto de vida en pareja y en familia. Durante este ciclo, los adultos jóvenes se caracterizan por tener responsabilidad, seguridad, autonomía, fortaleza, independencia, energía, vitalidad, resistencia física, entre otras cualidades, y aspectos físicos (Hoffman, Paris y Hall 1996), así como el ejercicio laboral inherente a este periodo.

En concordancia con lo anterior, para las adultas y los adultos jóvenes, el logro de metas o proyectos, en especial aquellos relacionados con la conformación de una nueva familia, se constituiría en una realidad cercana y relativamente asequible, pues se considera que son profesionales laboralmente activos; sin embargo, los datos corroboran lo contrario:

La disminución de la fecundidad ha reducido, en más de la mitad, el número medio de hijos por mujer [pasando] de 7,4 en 1964 a 3,05 en 1993, lo que a su vez disminuye el tamaño medio de la familia [...]. En la relación nupcialidad-fecundidad, cabe esperar incrementos en [el número de] parejas sin hijos, [...] [como resultado de una disminución en la] valoración de la maternidad por parte de las mujeres, junto con una mayor significación de la sexualidad y la vida en pareja. Hay un número creciente de parejas que nunca tiene hijos, como opción. (Rico de Alonso 1999, 115)

Estas cifras, junto con el interés por observar la realidad social de las jóvenes adultas y de los jóvenes adultos, suscitaron esta investigación a la luz de la hipótesis de que, dadas esas circunstancias, habría una mayor posibilidad de oportunidades socioeconómicas para las jóvenes y los jóvenes, al ser profesionales laboralmente activos, en el caso específico de Bogotá; y con esta hipótesis, formularla relación de dichos jóvenes con la consecución de sus proyectos de vida familiar y en pareja. En este sentido, los objetivos de la investigación se centraron en conocer y analizar las concepciones y las dinámicas de las parejas

en torno a su relación y a las formas que adoptan, es decir, analizar el ejercicio de las experiencias erótico-afectivas. Conforme a eso, y teniendo presentes las condiciones familiares, sociales, culturales y económicas que inciden en la construcción de los proyectos de vida en pareja, también hizo parte de los propósitos de esta investigación el análisis sobre el deseo o no de tener hijas e hijos. Por ello, como lo menciona Zygmunt Bauman,

El héroe principal de este libro son las relaciones humanas. Los protagonistas de este volumen son hombres y mujeres, nuestros con temporáneos, desesperados al sentirse fácilmente descartables y abandonados a sus propios recursos, siempre ávidos de la seguridad de la unión y de una mano servicial con la que puedan contar en los malos momentos, es decir, desesperados por “relacionarse”. Sin embargo, [esos seres humanos] desconfían todo el tiempo del “estar relacionados”, y particularmente de estar relacionados “para siempre”, por no hablar de “eternamente”, porque temen que ese estado pueda convertirse en una carga y ocasionar tensiones que no se sienten capaces ni deseosos de soportar, y que pueden limitar severamente la libertad que necesitan —sí, usted lo ha adivinado— para relacionarse. (2008, 8)

No hay nada más complejo de ser teorizado que las relaciones humanas, especialmente cuando se requiere una aproximación al plano de los sentimientos, de las interrelaciones afectivas, en contextos socioculturales y económicos inciertos, en los que actualmente se privilegia la cultura del consumo y el individualismo. Hablar sobre los sentimientos es hablar sobre una cultura emocional, en la que se pueda caracterizar y significar a partir de la distinción entre lo íntimo y lo social, como lo define Arlie Hochschild:

Una cultura emocional es un conjunto de rituales, de creencias en torno [a] los sentimientos y de reglas directrices de los sentimientos que inducen a focalizar las emociones e, incluso, inspiran un sentido de lo “sagrado” que selecciona algunos vínculos sociales y los prioriza sobre otros: selecciona y re-selecciona relaciones para ubicarlas en el núcleo o la periferia de la vida familiar. (2008, 293)

El concepto de pareja y las transformaciones que ha tenido a través de la historia nos proponen, como reto y necesidad, hacer un complejo análisis de la realidad social, de las interacciones entre los seres humanos que definen una forma particular del ser y del quehacer social de hombres y mujeres, y de sus proyectos de vida en pareja (Berger y Luckmann 1968). Dadas las características propias de la modernidad, los proyectos de vida están sujetos a crudas realidades, como la paulatina desregularización de las condiciones laborales, la sobredemanda de profesionales y el déficit de empleos, los salarios que no compensan los años de estudio, la contabilización del tiempo, la mediación del espacio y la ruptura entre el tiempo familiar y el tiempo laboral (Pineda 2007).

En el caso específico de Bogotá, las parejas conformadas por jóvenes adultas y adultos, profesionales y laboralmente activos, enfrentan un epicentro urbano en el que convergen generaciones, diversidades sexuales, culturales, ideológicas, políticas, familiares y socioeconómicas. Estas diferenciaciones recrean una forma de ver y expresarse al mundo tan particular y múltiple como las diferenciaciones mismas. Algunas y algunos reconocen la importancia de la realización profesional: estudiar, viajar y ser exitosos laboralmente; otras jóvenes adultas y otros jóvenes adultos consideran que lo importante subyace en combinar los éxitos profesionales con una vida en pareja; otras y otros tantos querrán consolidar una maravillosa vida de pareja con o sin hijos; mientras que otro grupo tal vez desee buscar una vida laboralmente activa y reconocida, a la vez que consolidan una vida en pareja, con la búsqueda programada de hijas o hijos. Sin importar cuán múltiples sean las opciones de proyectos de vida de las y los jóvenes adultas y adultos actuales, la posibilidad que puedan llevarlas a cabo depende no solo de sus historias sociofamiliares y culturales, sino de un medio que permita la siempre anhelada independencia y la autonomía para la toma de decisiones.

La transición de la etapa estudiantil a la etapa profesional resulta significativa debido al ingreso al mercado laboral y lo que implica para la constitución del sujeto. Si bien muchas de las jóvenes adultas y muchos de los jóvenes adultos entrevistados necesi-

taron, desde temprana edad, combinar una vida estudiantil con una actividad laboral, es en su etapa profesional, donde se configuran y toman cuerpo sus expectativas y ambiciones individuales, donde se sienten en constante construcción personal y están atentos a la búsqueda de experiencias que los fortalezcan y los prepare para las exigencias y avatares de la vida, tanto como individuos como en sus relaciones de pareja. En este periodo es donde cada sujeto, más que antes, busca encontrar su compañera o compañero más íntima o íntimo, con quien establecerá vínculos significativos y duraderos, y que se configurará como parte de la experiencia de vida personal, más allá de la particularidad de los sueños y metas personales y profesionales. Como lo plantea Hochschild “al unir hombres y mujeres [...] [se] une íntimamente a personas que han cambiado menos con personas que han cambiado más. Bajo esta diferencia en la posición cultural yace una diferencia de intereses” (2008, 158).

El mundo laboral: incertidumbres, certezas y retos de las parejas

Los sueños que de niños proporcionaban los juegos más divertidos y mágicos se convierten, con el paso del tiempo, en la realización de proyectos de vida a través de la consecución de metas; en otras palabras, en la búsqueda de la felicidad de las y los jóvenes adultas y adultos. De niños, estos sueños sobrepasaban todas las dimensiones y siempre se podía ser, independientemente de las implicaciones económicas. Con el paso del tiempo se transforman las realidades y también los proyectos, se reconoce, ante todo, la importancia del capital como herramienta fundamental para el ser y el quehacer social. Lo que se obtiene en el presente y lo que se aspira para el futuro se mueve en las paradojas propias de la globalización: las presiones, las incertidumbres y los retos se fusionan para inyectar dinamismo a lo que se pretende alcanzar.

El concepto de aspiraciones se emplea para referirse tanto a los funcionamientos que las personas quieren alcanzar, como a aquellos que desean para sus hijos o para el conjunto de la sociedad. Las aspiraciones están orientadas hacia el futuro y por ello

constituyen un importante elemento de cambio para las sociedades y los individuos, en la medida en que contribuyen a construir un mapa que permite a las personas desplazarse desde la situación presente hacia la que esperan alcanzar. (PNUD 2010, 82)

Los proyectos de vida dependen, entonces, de la toma de decisión que parte de la “libertad de las oportunidades como de las libertades de proceso necesarias para que las personas puedan alcanzar aquellos niveles de bienestar que consideran valiosos” (PNUD 2010, 81). Sin embargo, esta libertad de decisión del ser humano está sujeta a su contexto, a las dinámicas de su estructura social y a la capacidad autogestionaria de cada individuo para superar los obstáculos que se le imponen. Así, estos escenarios dibujan una geografía en la que la libertad de las oportunidades que presenta el sistema económico global a los individuos depende, finalmente y en buena medida, del lugar que ocupen en la cadena de estratificación del consumo, así como de su ubicación en la división mundial de los países.

Esta realidad se evidencia en las relaciones sociolaborales, pues con la descentralización de las actividades productivas, el proceso se reduce a una cadena productiva que disminuye los costos y centraliza las ganancias. Como consecuencia, se desregulariza el empleo, se restringen las ofertas de trabajo, las condiciones laborales, y se diluye el colectivo sindical. Los empleos no cualificados son los que encabezan la lista de ofertas laborales en los países en vía de desarrollo y constituyen la opción general de quienes migran a países industrializados. Así mismo, el proceso de enclave de gigantescas multinacionales deviene en una gran apropiación de los cuantiosos recursos naturales, que son explotados con mínimos costos económicos y poca inversión social: reducción de salarios, ausencia de garantías laborales y contribuciones mínimas a la seguridad social (Beck 2002).

El poder inalienable del capital y la consecuente transposición de las dinámicas del mercado de oferta y demanda en las relaciones laborales y personales son factores que han debilitado el sistema de garantías laborales, en países como el nuestro. Este hecho determina los modos de relación de los individuos

con sus medios de interacción inmediatos: la familia, el trabajo, la educación y la realización plena, conformista o nula de los proyectos de vida trazados.

En Colombia, desde la década de los años noventa, la diferenciación entre trabajadores calificados y no calificados creció, tras lo cual, las personas con mayores niveles de educación universitaria contaron con mayores posibilidades de posicionamiento en el mercado laboral: “[...] en promedio, los ingresos de los profesionales han aumentado en un 17% en relación con los trabajadores del sector formal, y [en un] 26% en relación con los del sector informal” (Ocampo 2001, 9). Esta realidad, que agudiza las precarias condiciones de vida de muchos sectores poblacionales —especialmente en los países llamados “tercermundistas”—, configura un escenario de mayores retos, responsabilidades y exigencias para quienes aspiran a mejorar su calidad de vida, con respecto a la tenida en el hogar de origen, y mejorar aún más la de la proge-nie. Mujeres y hombres multiplican sus posibilidades de libertad de elección a través de la adquisición de más y mayores niveles educativos, y se insertan en el mercado laboral bajo condiciones que, aparentemente, se identifican como más cómodas, pero que implican necesariamente continuos retos para ascender o, por lo menos, permanecer en los puestos de trabajo. Sin embargo, las profundas crisis económicas han afectado la oferta y la demanda del empleo, generando altas tasas de desocupación laboral y la disminución del bienestar de las poblaciones, lo que ha llevado a que sus individuos —calificados profesionalmente o no— procuren su sostenibilidad económica, acudiendo a la informalidad laboral y al rebusque.

Contexto sociolaboral colombiano

La incertidumbre es una de las características más evidentes en las y los jóvenes adultas y adultos, pues a raíz de los efectos de la globalización en el ámbito laboral, principalmente la desregularización del empleo, se obstaculizan los medios físicos requeridos para cumplir las metas proyectadas en la vida, por lo menos para quienes dependen de su trabajo. Esto se vislumbró en mayor medida en la década de los años noventa, ya que las transformaciones producidas gracias a la apertura económica plantearon

una relación diferente entre el factor productivo, el capital y la mano de obra; se configuró “un modelo de crecimiento altamente ahorrador de mano de obra” (Ramírez 2008, 17), sustituible por máquinas, y se afianzó y legitimó el principio económico basado en la maximización del capital, en la relación costo-beneficio de la producción.

[Esto produjo] [u]n claro deterioro en las formas de contratación, [una] tendencia a disminuir en términos absolutos el trabajo permanente y [a] aumentar en mayor proporción la contratación bajo la modalidad de trabajadores temporales. La poca generación de empleo y las altas tasas de desocupación están relacionadas también con la actual estructura productiva que confirma que hay una relación estrecha entre los sectores productivos de mejor desempeño y su baja participación en la creación de puestos de trabajo. Para el año 2007, por ejemplo, el sector de intermediación financiera contribuyó con el 1,4% en la generación de empleo, [...] [pese a tener] un crecimiento de 22,5%. El sector del comercio, que ocupa el 24,9% de la mano de obra, creció a una tasa del 10,4%, cifra que, por lo demás, supera los datos históricos de varias décadas atrás. Caso similar se da en el sector de servicios comunales sociales y personales, que tuvo un crecimiento del 3,15%, cuando su aporte a la creación de empleo fue del 21,5%; situación que se repite en agricultura, ganadería, caza y pesca. (Ramírez 2008, 17)

En 1991 y en el 2001 la tasa de crecimiento económico fue del 2,64%, y en el 2007 de 7,52%, lo que da como resultado un promedio del 5% en el aumento del crecimiento económico (Ramírez 2008). Estas cifras, en contraste con la década de los años noventa, evidencian que el crecimiento económico de los últimos años se soporta en factores productivos como el capital y la productividad, y dejan de lado factores como la generación de empleo (Clavijo 1994; López 1996; Ramírez 2008).

Las tendencias desiguales del crecimiento económico en proporción con la generación de empleo se traducen en un déficit de la calidad de vida de los empleados, más específicamente, en el cubrimiento de sus servicios básicos de bienestar y salud. Por ejemplo, del 100% de ocupados en el país, durante

el periodo 2002-2007, solo el 24,1% se encontraba afiliado a fondos de cesantías, el 35,4% a fondos pensionales, el 39,9% al régimen contributivo de salud y el 4,5% pertenecía a agremiaciones sindicales¹. Estas cifras cobijan a un gran número de empleados que tienen trabajos esporádicos o por temporadas no superiores a once meses, lo que revela una alta proporción de trabajadoras y trabajadores sin algún tipo de protección en el plan de vida laboral. Esta tendencia ha ido en aumento, y con ella ha crecido la incertidumbre frente a los proyectos de vida en las y los jóvenes adultas y adultos (Clavijo 1994; López 1996; Ramírez 2008).

Así mismo, mientras en 1991 se reportaron 539.807 trabajadoras y trabajadores vinculados bajo la modalidad de trabajos formales y a término indefinido, en el 2006 esta cifra disminuyó a 324.822, evidenciando un deterioro progresivo de las condiciones laborales para mujeres y hombres (Ramírez 2008). Esta relación es directamente proporcional al acelerado aumento de las formas de contratación temporal y por prestación de servicios, las cuales pasaron de 94.858 en los años noventa a 277.020 en el 2006 (Clavijo 1994; López 1996; Ramírez 2008).

Este progresivo deterioro de las garantías laborales y el consecuente aumento del desempleo afectó principalmente a las mujeres, cuyo promedio de desempleo para el 2007 fue del 14,7%, mientras que para los hombres fue del 8,6% (Ramírez 2008), y las posicionó como uno de los grupos más vulnerables al desempleo, factor en el que influyó la creciente feminización laboral de las últimas décadas en Colombia, que para 1998 representaba el 58%. En lo referente a los ingresos laborales, prevaleció un aumento constante para los trabajadores, opuesto al caso de las trabajadoras, quienes mantuvieron ingresos mucho menores, en relación con cargos y actividades equivalentes a las de los hombres (Guzmán 1993; Gracia y Urdinola 2000).

Si reconocemos que una de las principales metas para la realización de las y los jóvenes adultas y adultos es la independencia, esta es posible en la medida

¹ Cifras del DANE, Superintendencia Financiera y Ministerio de la Protección Social (2007).

en que las condiciones económicas que la sustentan estén garantizadas, porque salir de casa para emprender una vida, fuera de la familia de origen, implica asumir responsabilidades habitacionales y alimenticias, entre otras. Ahora bien, aunque para muchas y muchos estas responsabilidades no han sido ajenas, sí lo es plantear un proyecto de vida en pareja y en familia, lo que explica por qué las posiciones que las jóvenes adultas y los jóvenes adultos asumen, están determinadas, en su mayoría, por su estado e intereses laborales: tipo de contratación, ingresos, posición ocupacional y lugar de trabajo. En la actualidad, el mercado laboral es cada vez más competitivo; no basta con ser profesional, se debe ser especializada o especializado; no es suficiente tener trabajo, es necesario tener la mayor estabilidad posible; no es suficiente tener buenos ingresos, se requiere de capacidad de ahorro para poder acceder a bienes y servicios; no es suficiente tener 30 años, la competencia exige profesionales cada vez más jóvenes y que además cuenten con una muy buena experiencia laboral.

Así, la posibilidad de realización de esa primera meta personal está circunscrita a la capacidad adquisitiva que se tenga y que permita la sostenibilidad futura, la cual se logra mediante la estabilidad laboral, siempre en procura de los proyectos de vida que se esperan en los ámbitos personal, profesional, en pareja y en familia. Una mejora en la calidad de vida implica, a su vez, adquirir bienes y servicios, y si bien, parte de esto se logra con los ingresos laborales, por lo general, estos no cubren las demandas de la vida diaria; en muchos casos, la *capacidad de compra*, es decir, la capacidad de adquirir bienes y servicios, se resignifica a través de la *capacidad de endeudamiento*, fácilmente proporcionada por empresas de servicios públicos, entidades financieras, multinacionales, entre otras. Cabe anotar que un excesivo endeudamiento puede ir en detrimento de la calidad de vida esperada y que, para evitarlo es preciso distinguir lo urgente de lo necesario. Al iniciar la vida en pareja, otros factores económicos empiezan a vislumbrarse, dependiendo de los proyectos conjuntos que se establezcan y entre los que se cuenta, por supuesto, el deseo de tener o no hijas o hijos. Sin embargo, cada proyecto de vida, además de estar determinado por las con-

diciones y posibilidades económicas, se fundamenta en la consecución de la felicidad. Es claro, a todas luces, que este objetivo fundamental es relativo y se sitúa en la franja de lo real y lo irreal, pues conjuga las múltiples posibilidades de lo planeado, lo asumido, lo obtenido y lo soñado. El imaginario de una vida feliz se limita por lo fijado en comerciales de televisión, anuncios o vallas publicitarias. Además, la realidad replantea el camino, los medios, los escenarios y la vida misma, a través de la incertidumbre y las sorpresas que esta trae. Al respecto, Bauman y Dolores plantean que:

El “estado de la felicidad” fue reemplazado, en la práctica y en los sueños de los que aspiraban a la felicidad, por la búsqueda de la felicidad. En este umbral, la mayor felicidad se ha asociado y se sigue asociando a la satisfacción que se deriva de enfrentarse a los obstáculos y vencerlos, más que a las recompensas que pueden encontrarse al final del prolongado desafío y a la larga lucha. (2009, 42)

¿Mis deseos, tus deseos y los nuestros?

Para la mayoría de las parejas, el vínculo erótico-afectivo es señalado como ineludible a la hora de definir los proyectos de vida. Así como la situación económica determina la consecución de los proyectos, el llamado “amor” promueve la reflexión e incluso el replanteamiento de las metas futuras, permitiendo que los valores que se establecen en una relación, como la solidaridad y el compromiso, puedan ser aliados para hacer frente a los obstáculos contingentes o constructores de nuevos proyectos de vida conjuntos. En este punto son de vital importancia las concepciones que se tienen de las relaciones de pareja y del compromiso —en buena medida determinadas por la historia familiar—, para reafirman el respaldo que necesita la pareja, tanto en lo emocional como en lo económico. De ahí que tener clara la *concepción familiar* juega un papel preponderante en las relaciones erótico-afectivas, papel que comparte con la concepción conjunta de “amor” que se tenga y con las condiciones económicas que permitan dichos lazos; según el dicho popular, “el amor es más fuerte”, pero “de amor no vive el ser humano”.

Para las parejas encuestadas y entrevistadas durante la investigación, construir vínculos erótico-afectivos no supondría únicamente establecer relaciones afectivas de mutuo apoyo económico, sino conjugar proyectos de vida individual y en pareja, que permitan alcanzar ideales diferentes y a la vez comunes, y que propendan por el disfrute de las realizaciones personales.

Por ello, el significado social del amor de pareja, en la actualidad, más que una directriz eclesiástica, condensa elementos complejos como la convivencia, la forma del compromiso, la complementariedad, las tensiones y negociaciones entre intereses, necesidades, deseos, dependencias y expectativas individuales en relación con las de pareja; además de reconocerlo dentro de un contexto socioeconómico incierto.

Como individuos, cada mujer y cada hombre se han propuesto retos particulares, en lo laboral y en lo académico, que se particularizan aún más cuando hacen parte de una relación de pareja. Los contingentes avatares de la vida, la planeación directa de lo que se quiere, pero dependiente de lo que se tiene, el imperativo de movilizarse al ritmo del mundo veloz, que exige estar a la vanguardia de cada desarrollo en las instancias de la vida personal, el contexto laboral y los proyectos profesionales que se impongan son preocupaciones que permean el discurso del grupo entrevistado de jóvenes adultas y adultos, que a su vez se ven impelidos a reaccionar constantemente ante todo, responder inmediatamente, posponer, rechazar o sacrificar lo que se busca, lo que se quiere.

El amor: del sentimiento romántico a la realidad cotidiana

Para una nueva forma de familia y una nueva relación de pareja, una nueva concepción del amor es necesaria.

(MANRIQUE 2007, 314)

El amor se ha asimilado como el sentimiento más puro e incondicional que existe, tan indescripible como anhelado. Constituye una de las demandas interminables del ser humano; encontrarlo es un proyecto constante durante la vida. Como sentimiento, se define a partir de las experiencias par-

ticulares de cada ser y de su actual estadio del ciclo vital: para una madre o un padre estará representado en las hijas y en los hijos; para los amantes, en la relación con la pareja.

Tras la consolidación del vínculo relacional *yo-no-sotros*, la pareja se circunscribe a su macrocontexto social, a las condiciones socioeconómicas, familiares y culturales que lo configuran. Para comprender cómo evoluciona el proceso de consolidación vincular en el macrocontexto social, se retomaron algunas de las categorías de análisis planteadas por Puget y Berenstein y, con base en ellas, se organizó la información extraída de los relatos de las parejas, hallando similitudes entre las definiciones teóricas existentes y las planteadas a través del yo hablado de las jóvenes adultas y los jóvenes adultos, y estableciendo también categorías emergentes. Los factores considerados como indisolubles en la relación dual fueron: la cotidianidad, el vínculo erótico-afectivo, la tendencia monogámica y el proyecto vital compartido (1988).

En cuanto al factor de la cotidianidad, se encontraron tres modalidades asociadas al tipo de vinculación laboral: los ingresos recibidos, las responsabilidades individuales y las compartidas. En la 1) *economía confiada*, los ingresos son estables y onerosos. La 2) *economía ajustada* se caracteriza por ingresos no regulares que requieren de la capacidad de ahorro para alcanzar los objetivos propuestos, y la 3) *economía progresiva* depende de la organización y de la capacidad de ahorro para el logro de metas prefijadas por la pareja.

A partir del análisis de los relatos, productos de las entrevistas en la investigación, se encontraron tres tendencias en lo referente al vínculo erótico-afectivo: 1) el *amor-placer*, que sitúa el vínculo en medio de apegos afectivos y la satisfacción de los deseos materiales; 2) el *amor-costumbre*, signado por lazos afectivo-fraternal de bienestar y 3) el *amor-amor*, vínculo que combina lo sexual, lo emocional, el apego, la necesidad y la dependencia —en el plano de los sentimientos—, y que incluye tanto la definición romántica del amor de “por siempre felices” como la concepción del amor en cuanto fuerza impulsadora que, a partir del mutuo apoyo, ayuda a superar cualquier circunstancia adversa de la realidad social.

En la tendencia monogámica, se construyeron tres categorías emergentes a partir de las narrativas de las parejas: 1) la *infidelidad intangible*, manifestada en la observación física de otras personas e intercambios de miradas, sonrisas y palabras halagadoras, sin que se desarrolle alguna evolución; 2) la *infidelidad espontánea* se suscita en un espacio-tiempo particular, como encuentros laborales, de amigos, fiestas o paseos, y no pasa de ser una noche de placer sexual momentánea-circunstancial-provocada, no buscada, y 3) la *infidelidad permanente*, que surge de los intercambios sexuales temporales, que con el transcurrir del tiempo involucran sentimientos y crean vínculos y relaciones alternas a la formalmente constituida.

Finalmente, en el factor de proyecto vital compartido se identificaron tres modalidades: 1) la *unidimensional*, en la cual, la renuncia de los proyectos de uno de los miembros de la pareja permite la obtención de los objetivos propuestos por el otro; 2) la *equitativa*, que se establece desde la planeación, la organización y la coparticipación para la consecución de logros conjuntos, y 3) la *alternativa*, que se distingue por proyectos vitales ajenos a las preconcepciones tradicionales de alcances académicos, laborales, materiales y familiares, en donde la búsqueda de la felicidad se da a través de experiencias no convencionales, como viajes alrededor del mundo, la práctica de deportes extremos o el disfrute de la gastronomía de otros territorios. La conjugación de todos estos elementos dinamiza la relación vincular de la pareja en diferentes formatos, perceptibles en los relatos de las jóvenes adultas y los jóvenes adultos que participaron en este proyecto investigativo.

El vínculo de pareja

Cada persona es única como único es el universo que conforma cada pareja; sin embargo, por cuanto las relaciones se configuran dentro de un sistema, al mismo tiempo, ciertas pautas comportamentales son homogéneas y perceptibles en los vínculos relacionales de las parejas. El vínculo se construye desde la intimidad relacional del yo-nosotros, en principio, nutriéndose de reconocer ese *otro* con quien se espera haber culminado la búsqueda del sujeto amoroso. Según Puget y Berenstein, encontrados los dos

universos, el recorrido entre los lazos de atracción-reconocimiento, exaltación-enamoramiento, identificación-necesidad y aceptación-vinculación recrean una forma particular del yo-nosotros en el micro-contexto íntimo. En toda construcción de parejas a largo plazo, este recorrido parece obligatorio, pero se particulariza en las manifestaciones de cada relación, de acuerdo con la interacción del *yo* con el *otro yo* que se establezca, y que está marcada, de un lado, por las particularidades de los sujetos y, de otro, por los contextos socioculturales y económicos que las engloban; así, se establecen sistemas de relación, en apariencia únicos para la pareja, pero que comparten rasgos semejantes con las demás relaciones, en lo referente a la vinculación amorosa y la cotidianidad.

El vínculo de pareja² es un vínculo amoroso que está en función de la relación de uno con el otro y que debe observarse a partir de dos niveles de funcionamiento: las relaciones conscientes, con una estructura reguladora de pactos y acuerdos inconscientes entre la pareja, y las relaciones signadas por los desencuentros entre pulsión y cultura (Puget y Berenstein 1988).

La cultura contemporánea explica, a partir de dos discursos, las etapas del vínculo de amor romántico: en la primera existe una fase de atracción y la gestación de un sentimiento amoroso, que se expresa a través de patrones culturales propios de la cultura posmoderna —como las citas románticas—. En la segunda etapa, el paso del tiempo promueve la estabilidad del vínculo amoroso, que se construye gradualmente y que puede ser perdurable, acercándose al equilibrio de la relación y con esta a la institucionalidad del matrimonio, considerando elementos realistas y prácticos, como los económicos (Foucault 1977; Illouz 2009). Estos procesos difieren de la movilización social de la era premoderna, en donde prevalecían los, denominados por Foucault, *dispositivos de alianza*: los padres constituían la contraparte racional de la relación y privilegiaban las ventajas económicas y sociales en las uniones de los hijos, es decir, propendían por la adecuada “transmisión de nombres y bienes” (Foucault 2009, 60).

2 En esta investigación se abordará solamente a parejas heterosexuales, sin que ello implique desconocer la existencia de otro tipo de parejas, como las conformadas por sujetos del mismo sexo.

En la actualidad, por el contrario, la racionalidad se construye entre los sujetos que conforman la relación íntima y se manifiesta a través de los sentimientos, del enamoramiento, observando las cualidades de ese otro amado (Illouz 2009).

El amor romántico no es racional sino irracional, no es lucrativo sino gratuito, no es utilitario sino orgánico, y no es público sino privado. En síntesis, el amor romántico parece evadir las categorías tradicionales según las cuales se concibe el capitalismo. Tanto en el ámbito académico como en la cultura popular y en la esfera del “sentido común”: el amor romántico se eleva por encima del intercambio comercial e incluso más allá del orden social en general. (2009, 19)

Esta premisa de Eva Illouz plantea varias preguntas: ¿El amor romántico es el que prevalece en las parejas de jóvenes adultas y adultos, sobre el concebido socialmente? ¿Las condiciones socioeconómicas y culturales resignifican el vínculo y lo asemejan más a una relación capitalista? los relatos de las parejas y su análisis —desde las categorías planteadas por Puget y Berenstein (1988)— responderán algunos de estos interrogantes.

En cuanto relación, la pareja está formada por elementos instituidos por la cultura, por el universo simbólico de significantes existentes que han sido predeterminados y que hacen parte constitutiva y determinante en el proceso de construcción del sujeto. Toda pareja se relaciona dentro de un sistema de normas y valores que orienta las conductas desde un orden establecido por los *otros*³. La relación de las parejas con el macrocontexto social determinará los intercambios que se establezcan entre el yo y el otro yo en el vínculo de pareja. La dimensión económica y laboral, el ejercicio profesional, la forma de la relación de pareja y los espacios sociales compartidos configurarán dinámicas propias que alimentarán y situarán el microcontexto íntimo de la pareja y los significados del amor. En este sentido, para las jóvenes adultas y los jóvenes adultos profesionales, el vínculo en la pareja está compuesto por múltiples componentes y matices:

3 Así las cosas, se puede plantear que el referente cultural primario es la familia, espacio donde al nacer, el sujeto aprende del mundo, los significados y la palabra.

la forma del compromiso, la complementariedad, las tensiones y las negociaciones en medio de los intereses, necesidades, deseos, dependencias y expectativas individuales que inexorablemente se traslapan y mezclan. Los intercambios de las subjetividades del yo y del otro yo en la pareja gestan una estructura relacional objeto-pareja, que se yergue como vínculo fusional y como estructura psíquica representativa del *nosotros*⁴.

El vínculo surge, en primera instancia, en el microcontexto íntimo de la relación, en el cual conocimiento, reconocimiento y construcción, a partir del otro, singularizan la relación vincular. La complejidad de este proceso aumentará conforme se complejiza a su vez el compromiso, el entrelazado de las expectativas personales y las posibilidades de cimentar proyectos comunes; desde este momento, entran en juego, concluyentemente, el factor económico-laboral y la creciente permeabilidad de las dinámicas sociorrelacionales en los espacios no comunes e independientes de los miembros de la pareja y empieza a constituirse en la esfera del macrocontexto social. El vínculo, entonces, hace parte de la formación dual romántica primaria, que conforme logra mayores recorridos, necesita progresivamente de los intercambios sociales para establecerse en su ser y hacer social; así, se va disminuyendo lo “romántico” para definirse en la cotidianidad, situada en la compleja realidad social, en la cual el factor económico-laboral emerge como hilo conductor de los sueños y proyectos de vida comunes.

En este estadio, la definición de amor necesariamente muta y se aleja de los imaginarios contruidos por las fábulas y cuentos de hadas, como lo plantea uno de los entrevistados:

El amor es comparable con una sobredosis de chocolate, y cuando no hay posibilidades de comprar el chocolate, los sabores son muy amargos con amor, y

4 Lo narcisista con relación a lo intrapsíquico, al sí mismo pasión-amor, al *ideal del yo*, en la búsqueda de la devolución que me reconozca hacer vínculo con el otro. Lo edípico, en el entramado relacional triádico: padre, madre, hijo y en este orden el mandato simbólico frente al otro. Y lo social en el intercambio permanente con el macrocontexto social, con lo instituido culturalmente, en orden del deseo que pasa por lo simbólico entre los ideales como aspiraciones exaltadas y socialmente aceptados; los modelos identificatorios y los valores y significaciones transmitidas (Puget y Berenstein 1988).

[...] peor aún, sin él. [...] El dinero no compra la felicidad, pero cómo ayuda. (Entrevista, Juan: 2011)

Esta es una de las frases más utilizadas por las jóvenes adultas y los jóvenes adultos. Aunque el amor es la razón principal que motiva la unión con una persona —y que, dependiendo de cada caso, cobra significados y construcciones diferentes—, las tradiciones e historias familiares, las exigencias sociales, las proyecciones futuras, resignifican los motores y el desarrollo de las relaciones. El vínculo primario se establece en el espacio íntimo de la relación dual, que permite el fortalecimiento de la unión; con el paso del tiempo y en la medida en que convergen más ideas y proyectos, las relaciones y los individuos que las componen enfrentan más retos y exigencias, lo que genera un cambio en la relación; pasa de ser solo íntima a configurarse como social en su ser y hacer. En tal sentido, lo que se pretende no es solo construir un vínculo íntimo-romántico, sino un vínculo estable, circunscrito en un contexto socioeconómico y cultural.

No obstante, en el amor romántico las parejas se unen por gustos y afinidades compartidas, que se desarrollan, por lo general, en momentos de espontaneidad y empatía. Dichas relaciones, en el mercado, son fluctuantes y utilitarias: los socios comerciales son intercambiables y las relaciones son mediatizadas y evaluadas por el factor económico; en el amor romántico, en cambio y como se ha planteado, la relación se fija al elegir una persona única e irremplazable y, con base en ese sentimiento, se sortean las exigencias del medio, especialmente las económicas (Kreimer 2005). Por su parte, la convivencia también puede ser vista a la luz de las relaciones y movilizaciones del mercado capitalista: se establece a partir de la producción y del intercambio de bienes y servicios, con el objetivo de acumular ganancias y, debido a que este fenómeno ha impregnado las dinámicas relacionales de todas las esferas de la sociedad, los vínculos de pareja también se ven influidos por estas dinámicas: los sujetos se unen por la motivación expresa de los intereses individuales y los beneficios económicos mutuos, midiendo los efectos y el balance final (Illouz 2009; Lipovestky 2008).

El vínculo de pareja integra, entonces, cuatro factores indisolubles que interactúan en el macro-contexto social, económico y cultural que define la relación amorosa (Puget y Berenstein 1988): 1) la cotidianidad; 2) el proyecto de vida compartido; 3) el vínculo erótico-afectivo, y 4) la tendencia monogámica, y estos a su vez se particularizan dependiendo de cada relación y de los individuos que la componen, de sus historias y de sus tradiciones familiares.

Aquellas parejas que han logrado consolidar la relación al punto de establecer compromisos duraderos deben enfrentarse a los desafíos que imponen las dinámicas sociales y conjugar factores tanto sociales como íntimos en su relación: la obligatoriedad del ser y estar en la relación dual, la vida diaria y el amor expreso, los proyectos de vida personales y comunes que involucran lo social, lo profesional, lo laboral y lo familiar. En algunos casos, sin embargo, estas metas pueden chocar o entrar en conflicto con las demandas de la vida cotidiana.

La galaxia más cercana es la enana de Sagitario. A pesar de ser la más brillante en el cielo, se descubrió en 1994. No se puede observar directamente porque está situada en el centro de la Vía Láctea y sus estrellas se confunden con las demás. Lo mismo pasa con el mundo de las relaciones entre los hombres y las mujeres. A veces, lo que tenemos más cerca es justamente lo que menos comprendemos, o no vemos siquiera. (Manrique 2001, 13)

Ese otro yo consciente —no develado totalmente y con el cual se ha elegido constituir una relación de pareja estable— se complejiza en el ser y hacer social del yo-nosotros, afectando no solo la consolidación del vínculo, sino al otro yo partícipe de la relación: “Nunca seremos lo que pudimos ser. Y cabe preguntarse si no habrá, en esos territorios imposibles, alguna propiedad importante de nuestro ser. Somos complejos y deseantes. Es como si no cupiéramos en nuestra existencia” (2001, 223). Si a esta condición se suman las exigencias que presenta el mundo, la relación amorosa deviene aún más compleja, pues le exige ampliar sus fronteras, antes circunscritas al ámbito exclusivo del yo-nosotros íntimo —es decir, de las relaciones íntimas—, que Lipovetsky plantea como:

[...] una esfera estructurada como el consumo. Vamos de experiencia amorosa en experiencia amorosa. En cierto sentido, esta rotación afectiva concuerda con la lógica de la renovación perpetua del hiperconsumo. En el consumo el cambio continuo se vive con alegría; en la vida amorosa, se vive como “fracaso”, sino de exigirse en medio de las circunstancias socioeconómicas y culturales, cuyas transformaciones avanzan a pasos “hiperveloces”. (2008, 44)

Dicho escenario hace necesaria la plasticidad en las formas relacionales para subsistir, desvaneciéndose así, la idea de un modelo único de pareja (Manrique 2001).

La cotidianidad

La cotidianidad es entendida aquí como el “tipo de estabilidad basada en una unidad temporal y espacial caracterizada por los intercambios diarios” (Puget y Berenstein 1988, 17-18) que permiten recrear lo simbólico del vínculo, a la vez que organizan los tipos y formas de encuentros, no encuentros y desencuentros de la pareja. Así mismo, supone una dinámica cíclica reflexiva del sujeto, una rutina que se repite día a día en escenarios laborales, familiares y académicos en los que se interactúa ineludiblemente.

Hablar de la pareja es hablar al mismo tiempo de encuentro y desencuentro, de diálogo y debate, de sí y no, de búsqueda y descubrimiento, de soledad y compañía. Hablar de la pareja es hablar de personas, proyectos, relaciones, momentos, historias, espacios y circunstancias. Ahí donde existe una pareja existe un movimiento constante de dos voluntades que se relacionan entre sí, dos conjuntos de valores, dos puntos de vista, dos biografías, dos conjuntos de conocimientos, con vida y rumbo propios. (Chapela 1999, 8-9)

El tiempo es un factor fundamental que permite que la relación vincular de la pareja evolucione; la calidad de los periodos compartidos es tan importante como su cantidad. Tanto una como la otra están comprometidas y determinadas por factores que van desde el orden de lo económico, pasando por las responsabilidades familiares, laborales y académicas, hasta la disponibilidad de tiempo libre con que se

cuenta. Todos estos factores, constitutivos de la cotidianidad, influyen directamente en las relaciones afectivas. “Las sociedades hipermodernas aparecen como sociedades de inflación decepcionante. Cuando se promete la felicidad a todos y se anuncian placeres en cada esquina, la vida cotidiana es una dura prueba” (Lipovetsky 2008, 21).

En medio de estas dos dinámicas, la construcción del vínculo afectivo y la cotidianidad, fluctúa la constante búsqueda de la felicidad, que no siempre es congruente con las posibilidades que impone la realidad circundante. Uno de factores más limitantes es el económico. La sociedad, como bien lo señalan autores como Bauman, Lipovetsky y Kreimer, está regida por prácticas consumistas que reconfiguran las dinámicas relacionales más íntimas y el concepto de felicidad, equiparando los principios de las primeras en las segundas. Así, entre mayor poder adquisitivo se tenga, se presume, más fácil será el alcance de estadios de felicidad, momentáneos o no, en los que la obtención de bienes y servicios ofertados, especializados e inútiles, se configuran como necesarios para sentir bienestar, seguridad y felicidad y, que, en su procura, van en detrimento del tiempo compartido en pareja. Bauman explica acertadamente esta transposición de los principios de la sociedad de consumo en las dinámicas de las relaciones de pareja:

Y lo mismo ocurre en una cultura de consumo como la nuestra, partidaria de los productos listos para su uso inmediato, las soluciones rápidas, la satisfacción instantánea, los resultados que no requieran esfuerzos prolongados, las recetas infalibles, los seguros contra todo riesgo y las garantías de devolución del dinero. La promesa de aprender el arte de amar es la promesa de lograr “experiencia en el amor”, como si se tratara de cualquier otra mercancía. Seduce y atrae con su ostentación [...] porque supone deseo sin espera, esfuerzo sin sudor y resultados sin esfuerzo. (2008, 22)

El romanticismo de ayer es el consumismo de hoy; el cortejo en la sala familiar, las rosas y los chocolates —todos estrechamente vinculados con el espacio íntimo— han dado paso a citas que involucran lujosos restaurantes, vinos costosos, buenos conciertos —y que se efectúan en espacios más públicos—. Las cartas

de amor sucumben ante los mensajes-plantillas de celular a celular o los *twitters* generalizados de lectura masiva; no es necesario participar del mismo espacio para estar juntos o para manifestar físicamente el amor; el emoticón viaja a velocidades inimaginables para lograr el mismo fin. Tampoco son necesarios actos protocolarios para formalizar la relación; las redes sociales del internet tienen esa facultad. La cotidianidad ha sido absorbida por las propiedades del mercado y la globalización en la sociedad del consumo.

En las dinámicas de la relación de pareja, la cultura emocional se mezcla con la cultura del consumo: obsequiar chocolates, como signo de cortesía y cariño, se convierte en la necesidad de pagar cuentas; el flirteo inicial es remplazado por las responsabilidades económicas del hogar. Solo en la convivencia cotidiana el factor económico adquiere tal relevancia y, en esa medida, las posibilidades económicas determinan el ser y estar diario de las parejas. Estas posibilidades económicas —manifestadas en los recursos con los que cuenta la pareja—, a su vez dependen, entre otros factores, del tipo de inserción que tengan en el mercado laboral y de la posición socioeconómica de las familias de origen. A partir de lo expuesto y de los relatos de las parejas entrevistadas en este estudio, fue posible dar cuenta de tres tendencias en las dinámicas de la relación en pareja, con base en el factor económico y su poder adquisitivo: *economía confiada*, *economía ajustada* y *economía progresiva*.

Economía confiada: en esta tendencia las parejas gozan de ingresos considerables y estables, y los tiempos compartidos se distinguen, por lo mismo, por la generosidad: restaurantes lujosos, fiestas, viajes y todas aquellas actividades que redundan en el hedonismo ostentoso. Las responsabilidades financieras o los gastos personales no constituyen un problema, por lo tanto no se miden de un modo riguroso los gastos para una u otra cosa. Para las parejas catalogadas en este tipo de economía es fundamental contar con comodidades, todas estas ofertadas por el mercado; la cotidianidad y el goce del tiempo compartido se inscriben en los parámetros de la sociedad de consumo: tener un teléfono celular con todas las ventajas tecnológicas, acceder a buenos sitios, obsequiarse suntuosos artículos o disfrutar de la playa. Ellos son el reflejo

de lo que Lipovetsky denomina *hiperconsumidores* y *neoconsumidores*: quieren todo inmediatamente y no soportan la demora o espera para la obtención del bien o del servicio.

Economía ajustada: se caracteriza por la existencia de recursos económicos más o menos estables, pero que deben distribuirse en un orden selecto de prioridades: las del hogar, las académicas y las personales. Los planes en pareja corresponden a salir a comer, ir de rumba, ir al cine, viajar a algún municipio cercano o en las actividades en casa. Los viajes dentro del país generalmente son organizados a mediano y corto plazo, mientras que los programados a largo plazo son fuera del país. Ya sea que se conviva o no con la familia de origen, la presencia de aportes son permanentes, por ello es necesario organizarse en la distribución de los ingresos para contar con una buena capacidad de ahorro.

Economía progresiva: los ingresos de estas parejas deben distribuirse privilegiando las responsabilidades del hogar y los proyectos personales. El ahorro se constituye en factor determinante que permite la consecución o la continuación de proyectos prioritarios personales o conjuntos, como estudios de posgrado o la adquisición de vivienda. El tiempo compartido de la pareja está signado por la menor inversión, dadas las prioridades más urgentes y por la escasez de dinero para acceder a bienes y servicios no obligatorios. Los ingresos, a diferencia de las parejas de los otros grupos, suelen ser fluctuantes; la estabilidad laboral se reduce a contratos inferiores a un año y superiores a tres meses, por temporadas, y son empleos de ingresos medios o independientes. La cotidianidad les demanda constantemente su papel de profesionales para cumplir con sus diferentes obligaciones. Así mismo, la responsabilidad y la capacidad de ahorro son imperantes en las dinámicas de relación de este tipo de parejas.

La cotidianidad de las parejas entrevistadas y encuestadas está marcada por la forma como se articulan con el mercado, por el tipo de economía que tengan, lo que asocien o signen como placer y felicidad. No para todas la felicidad se encuentra en pequeños detalles, no todas la encuentran en los grandes detalles; lo cierto es que la felicidad depende

de lo definido por la pareja a partir de las percepciones individuales culturalmente inscritas, la posición socioeconómica, las experiencias aprehendidas en el hogar de origen, la relación con grupos de pares y el tipo de vínculo erótico-afectivo construido.

La relación de pareja la componen dos universos, en algunos casos similares, en otros opuestos, lo interesante es notar cómo se involucran para vivir de un modo la vida compartida y la cotidianidad que va significando la relación. Tal como lo ilustra Illouz (2009), compartir espacios laborales, académicos y sociales reúne las personas con cualidades y posiciones socioeconómicas similares, en medio de las cuales se juntan selectivamente al encontrar paralelismo en la cotidianidad de la que forman parte, construyendo así proyectos compartidos, en búsqueda de mejorar la calidad de vida. Ese *mejorar la calidad de vida* se inspira en las dinámicas que el mercado impone. Proyectarse a futuro como pareja implica tener capacidad adquisitiva para obtener los cuantiosos productos, unos tan necesarios y otros tan inútiles, que aseguran la realización de ese sueño futuro. Aquí se observa esta relación entre el contexto y la subjetividad.

Se podría plantear que casarse pasó de ser un ritual de compromiso mutuo a ser un acto protocolario, validado socialmente por las condiciones materiales que ostenten; la vivienda dejó de ser ese sitio de resguardo, protección e interrelación sociofamiliar, a un artículo de lujo al cual no todos pueden acceder. El tiempo libre pasó a ser el rezago del tiempo productivo y proporcionalmente, la cotidianidad para las parejas es ahora menos romántica y más consumista, ya que en el mismo tiempo el mercado de la vida otorga las facilidades para encontrarse, comunicarse, comer, estudiar y llegar a casa. Retomando las premisas de Lipovetsky:

La era del consumo, del “hiperconsumo” ha modificado nuestra vida infinitamente más que todas las filosofías del siglo XX juntas. [...] hoy todo o casi todo se juzga con esquemas que son los del consumo: relación calidad/precio, satisfacción/desagrado. Y la verdad es que nada de esto nos hace más felices. (2007, 17)

El vínculo erótico-afectivo

Según el psicoanálisis, el amor y el deseo en la pareja, nacen de la falta en ser; son nociones diferentes pero están fuertemente ligadas. El amor, tiene un componente arraigado en el interés por el sujeto de deseo, en el logro de la satisfacción sexual y puede ser efímero una vez conseguido dicho fin, y también tiene un componente de “ternura” en el que el valor afectivo hacia ese objeto de deseo es mayor. Esto hace que se busque una relación duradera en la que entra en juego la dependencia recíproca, generándose a la vez *angustia* por la posibilidad de la pérdida del estado síquico de completud del yo, en cuanto, el otro yo, el yo-nosotros. El amor se puede entender como la “forma que tiene el sujeto para agarrar su ser” (Uribe 1990), “el amor es dar lo que no se tiene” (Uribe 1990), como una relación del yo con los objetos de placer y de deseo, que entrarían a “completar” la falta en ser, es decir una relación vincular del yo, en la que el amor es procedente del deseo, de las pulsiones sexuales que convergen en el goce y la satisfacción, en la posición imaginaria de completud (Freud 1915).

El amar lo determina la forma como se es amado por el otro (Uribe 1990), el vínculo erótico-afectivo es la expresión del amor a través del encuentro emocional, corporal y sexual en la pareja, encuentro que enraíza significaciones muy amplias, complejas y diversas, ya que incorpora tanto lo carnal-sexual como lo espiritual-terno, lo sagrado como lo mundano, el placer como el displacer, lo activo como lo pasivo y el sujeto como el objeto, desde la necesidad a la dependencia (Beck y Beck 2001; Fuks 2007; Manrique 1996; Puget y Berenstein 1988).

Es el amor hacia el otro lo esencial para ser en el otro, y que se relaciona con el carácter narcisista de amor de pareja, que comprende la elección del objeto de amor en tres vías: en la primera, hay una relación de dar eso que soy, ese dar al otro mi yo actual y que el otro me dirija su amor; la segunda orientada a amar eso que se fue y, por último, los ideales que busca el yo y que sitúa en el otro como idealizado, enlazándose el objeto de amor-deseo y el Yo ideal (Freud 1915; Puget y Berenstein 1988). El valor que se le atribuye al objeto más allá de la satisfacción del deseo,

al amor, pone límite a la sexualidad propiamente dicha y se plantea otras satisfacciones en la relación de pareja, referidas a la exaltación. El deseo no se encuentra en el plano de los sentimientos, el amor sí. El deseo es la aspiración de tener, el goce, con una preferencia que fragmenta y parcializa el objeto; el amor en sintonía con la búsqueda del objeto deseo, sublima la unión y el vínculo con el otro (Freud 1915; Paz 1993; Puget y Berenstein 1988).

En toda relación de pareja persistirá en el *zócalo inconsciente* (Puget y Berenstein 1988) una incertidumbre, ya que en el vínculo amoroso, aun en el más estrecho, el otro, el ser amado, no queda totalmente develado, ni capturado en nuestro conocimiento, es ese otro, esa parte sentida como nuestra que no es tan propia, es ese otro que es tan íntimo y a la vez, desconocido e inalcanzable. El amor integra así, muchos factores físicos e intangibles, es asimilado con el equilibrio, con el paso del tiempo lleno de alegrías y triunfos, tanto como amarguras y derrotas, que van consolidado una relación basada en la completud con el otro. El amor se sitúa en la construcción a partir de dos universos tan disímiles y comunes a la vez. Es definido desde una versión romántica y una racional.

Racional o romántico, el amor es un vínculo erótico-afectivo, placentero y dual mediado por el compromiso, se proyecta como perdurable en su esencia, mostrándose a la vez frágil en sus cimientos, subsiste en la novedad, la transformación y la incertidumbre.

[...] es deseable que haya ausencia y presencias, distancias y cercanías, riesgo de que esa relación pueda perderse, quebrarse, pero también seguridad en su estabilidad, unos pocos aspectos conocidos y otros que se quedan sin conocer, solo en esa ausencia y presencia, en el riesgo y la seguridad, se desarrolla una relación perdurable en la que los amantes conocen su amor. (Manrique 2001, 24)

Las demandas de amor necesitan de las ofertas apropiadas para alcanzar el estado de completud, dado por la estabilidad afectiva y económica. La búsqueda del amor es y seguirá siendo la orientación más evidente de los proyectos vitales. La forma y el dinamismo que este tenga estriba en la particularidad relacional de cada pareja, que se puede agrupar en

tres categorías, de acuerdo con los estudios de caso realizados: el amor-placer, el amor-costumbre y el amor-amor, a partir de las cuales se define el amor.

Amor-placer

El placer está relacionado con la satisfacción del deseo, y el amor con la satisfacción de los requerimientos sentimentales. Esta categoría se refiere a ese tipo de amor que se ubica en los apegos afectivos que se generan en el suplir las necesidades del otro, que no están situadas en principio en lo afectivo. La complacencia y lo integrado que sienta la pareja sexualmente, es lo que hace que el apego signifique el vínculo. Maritza, administradora de 33 años y Ernesto agrónomo de 31, llevan seis años de relación de pareja. Terminaban el pregrado y se conocieron, según la jerga popular, en un “rumbiadero universitario”, él se encontraba con su grupo de amigos, y ella con el suyo. Con el transcurrir de la noche resultaron compartiendo la misma mesa. Después de esa noche Ernesto tomó la decisión de mantener dos relaciones alternas. Una formal con Alicia desde hacía más de seis años y la que iniciaba con Maritza.

Maritza estudiaba y trabajaba como bailarina, era reconocida socialmente por su simpatía y sus atributos físicos, mientras que Alicia, la novia formal, se distinguía por su inteligencia, ternura, belleza y seriedad. Con el paso del tiempo el trío se disolvió; Alicia se enteró del asunto y dio por terminada la relación con Ernesto. Él aunque afectado encontró en Maritza compañía y resguardo, eventualmente buscaba a Alicia y volvieron. Maritza no se aisló y decidió continuar presente en la vida de Ernesto, hasta que Alicia se enteró y tomó la decisión radical de alejarse por completo. Maritza permaneció en la vida de Ernesto hasta que logró formalizar la relación que, pese a los altibajos, aún continúa. Así recuerdan la experiencia:

Tuvimos muchos altibajos, después de dos años más o menos decidimos formalizar la relación, tenemos ya seis años de estar juntos. Y fue duro lograr estabilizar las cosas, sentirme enamorada no creo que esté. Con él tengo comodidades económicas. Cuando empezamos era ese tipo de relación de estamos y no estamos, ...él me pagó la especialización, me presta

el carro, me da llaves del apartamento, yo le llevo las cuentas de sus negocios, me paga el gimnasio, y él se siente bien conmigo (sonrisas)... Él es ese tipo de hombres machistas que les gusta que le hagan las cosas, que cocinen, que laven y le tengan todo y sean dispuestas. Yo hago todo eso como en compensación..., creo que lo quiero, pero no es de ese amor con el que se sueña y creo que él me quiere, pero en parte es porque no ha encontrado todas las características en otras personas, creo que tenemos necesidades que cada uno le suple al otro, y pues claro con el paso del tiempo se crean cariños y ¿la felicidad? Yo no podría ser feliz sin comodidades con nadie, amor sin eso no existe. (Entrevista, Maritza: 2011)

El amor no se observa en cuanto exaltación del sentimiento hacia la pareja, sino como una necesidad de dependencia frente a los encuentros físico-erótico-sexuales y a las comodidades materiales y relacionales específicas que se tengan con el otro. El amor y el placer que se experimentan ante estas últimas, establecen apego y necesidad de estar bien y tenerlo todo sin esfuerzo y no van acompañados del amor entendido desde la concepción romántica y pintoresca de los cuentos, aunque pesa lo suficiente para consolidar un vínculo-interés *tú me das, yo te doy* duradero; es la racionalización del amor al máximo, es el hiperamor-consumista.

Amor-costumbre

Este tipo de amor es una construcción de varios sentimientos y necesidades que se relacionan con la convivencia, como sentirse bien, compartir, estar con una buena persona, acompañarse, apoyarse y acostumbrarse. Este es más cercano a una relación amistosa o de hermandad. Existe la preocupación por el bienestar del otro en la medida en que se siente muy cercano, pero el erotismo y la pasión no son los lazos más fuertes que los unen. La construcción del vínculo se ha dado por el apoyo mutuo, especialmente en situaciones complicadas y críticas económicamente.

La compañía, la complicidad, la complementariedad, definen algunas relaciones, cuyo patrón de marcha es la fraternidad, el constante apoyo para definir, hacer, superar y lograr objetivos individuales

y comunes. El amor es más racional que pasional. Como ocurre en el caso de Catalina y Manolo quienes están juntos desde hace ocho años; se conocieron por intermediación de una amiga; dicen que aunque en principio no hubo *química* e incluso no se cayeron bien, en posteriores encuentros con el grupo de amigos en común se fueron conociendo, hasta que iniciaron la relación.

La construcción del vínculo se ha dado por el apoyo mutuo, especialmente en situaciones complicadas y críticas económicamente. Trabajar en ciudades diferentes, situación constante por más de tres años, no fue motivo de separación, ya que viajaban y compartían los fines de semana. En uno de esos tantos viajes tuvieron un accidente. Catalina tuvo que someterse a varias cirugías para la reconstrucción de su mandíbula y Manolo debió recuperarse de lesiones menores. A partir de ese momento decidieron radicarse y buscar posibilidades en Bogotá.

Manolo, como ingeniero, comenzó a tener enormes logros, por los cuales tuvo no solo reconocimiento por su trabajo, sino dinero; creó su propia empresa, lo cual le trajo dificultades al atravesar una situación de extorsión. Después de esta experiencia y en compañía de Catalina superó las dificultades. Una vez recuperado el capital perdido, creció su negocio, recibían muy buenos pagos por las ventas del *software* que él diseñaba; estaban muy contentos porque veían más cercanos sus planes de vida. No obstante, la empresa de Manolo fue sometida a investigaciones por posible lavado de activos, de lo cual salió victorioso en términos jurídicos, pero perjudicado en los económicos, pues vino la bancarrota por el periodo de inactividad y las deudas acumuladas. Una vez más, contando con el apoyo de Catalina, *salieron adelante*, transformaron sus planes de vida y salieron del país para comenzar una nueva vida.

Todas estas experiencias hacen que Catalina y Manolo observen la relación siempre considerando ese otro, como lo definen ellos *el superparcero*, el amigo incondicional, esa persona que está ahí y jamás falla. El amor para ellos se consolida a partir de un vínculo de amistad y complicidad, sienten que dependen uno del otro, pero no para “morir de amor”. La convivencia y las experiencias vividas juntos los

han unido más cada día, ven difícil comenzar otra relación y reconocen que ese desborde de amor pasional y romántico no es el que define su vínculo, pero sí el de apoyo y escucha incondicional. Así refieren su historia de pareja:

Pues lo que pasa es que nosotros duramos cinco años de novios pero como al tercer año, es cuando empezamos a hablar de un futuro juntos, después de pasar muchas pruebas, es más, durante mucho tiempo éramos realmente jóvenes, yo tenía 22 años y él 23 más o menos y yo en ese momento no quería hablar de matrimonio, ni de hijos porque pensaba que no era el momento, más o menos desde los 27, después de casi cuatro años, empezamos a hablar de un futuro juntos, además porque nos involucramos con un proyecto de migración a otro país, ahí fue que empezó toda esta convivencia y complicidad que tenemos ahora. Enviamos papeles en diciembre del año pasado, estamos en la espera de la fecha para la entrevista para que nos den la visa e irnos a otro país y habitar ahí, a Canadá, Quebec. (Entrevista, Catalina: 2010)

Así continúan:

Lo que pasa es que el compromiso existe..., de que nuestro destino sea de estar juntos, de tener hijos,... somos muy amigos y muy cómplices ya, muy racionales y eso hace que la relación no sea tan romántica o pasional o como uno quisiera que fuera,... porque puede pasar que se conozca a otra persona y estamos enfocados en eso, porque conocemos a muchas personas que les ha pasado lo mismo, de hecho sabemos que este es un proyecto porque nos queremos, nos apoyamos... en las buenas y las malas, no nos juramos amor eterno, estamos viviendo y estamos como haciendo un proyecto pero no se sabe. (Entrevista, Catalina: 2010).

Amor-amor

Este es el tipo de amor romántico reseñado por (Illouz 2009) y (Manrique 2001), que mezcla todos los componentes: pasión-erotismo, dependencia-necesidad, apoyo-bienestar, ternura-felicidad, bienestar y satisfacción, es decir, implica la combinación de toda la exaltación que se siente frente al otro, que complementa la vida en todo sentido. Es ese senti-

miento incomunicable, es un vínculo totalizador con el poder de sobrepasar los sinsabores y obstáculos de la vida. Es como lo señala Manrique: “solo en esa ausencia y presencia, en el riesgo y la seguridad, se desarrolla una relación perdurable en la que los amantes conocen su amor” (2001, 24). El amor es un sentimiento desconocido, anhelado y buscado; su significado siempre evoca el “por siempre felices” no para todas y todos de la misma forma, ni tienen interés en encontrarlo, por lo menos de esa manera.

Así sucede en la historia de pareja de Libertad y Juan, de 31 y 32 años y una relación de seis años:

Yo había tenido relaciones anteriores, había sufrido decepciones y “dolores”, creía haber estado enamorada, pero cuando conocí a Juan fue todo diferente, cuando terminamos la primera vez y duramos separados por un año, sin verlo, sin hablar con él, sin abrazarlo, sin nada, supe qué era estar realmente enamorada. (Suspiro) creía que jamás me recuperaría, mi vida no era la misma, quiero decir... pues sí, trabajaba, estudiaba todo eso seguía, pero sentía que algo me hacía falta, para estar completamente bien eso era estar con Juan. Y las peleas habían sido por bobadas, que si no me da la mano para bajarme del bus, que si no me corre la silla, etc. Cuando nos encontramos de nuevo, todo volvió a ser como antes, siempre sentía ese cosquilleo en el estómago, querer comérmelo a besos (risas) sentir que me derretía cuando me besaba, sentirme protegida, amada y feliz. Mirarlo y dormir en sus brazos tranquila y feliz, despreocupada y feliz, soñar con tener hijos, vivir juntos y todo eso, con un felices por siempre (risas). (Entrevista, Libertad: 2011)

El amor suele tener una mirada romántica-pasional-bienestar, que mediatiza el sentimiento hacia el otro, riesgo-ausencia-incertidumbre, seguridad-presencia-certeza recrean el vínculo de amor-amor. Sea cual sea la forma del vínculo erótico-afectivo que busca cada pareja, el apego hacia aquello o aquel que otorgue mayor felicidad siempre será el derrotero, sin importar si este se sitúa en el plano económico más que en el amoroso o en el de la costumbre, la realidad social pone toques secretos que han ido transformando la magia y lo culturalmente simbolizado como amor romántico (como se observó en líneas anteriores); las

demandas desde lo individual y como pareja, la búsqueda del camino que las supla de la mejor manera, que implique el menor riesgo, tiempo y esfuerzo siempre será el camino elegido, finalmente es la ley del hiperconsumo en el mercado para hacer la vida mejor, más feliz y en ese estado de cosas el amor se recrea en cada relación.

Tendencia monogámica

A comienzos del siglo XVII, como lo reseña Foucault, las palabras se expresaban sin buscar el secreto o tratando de disfrazarlas; la permisividad frente a códigos libidinosos y exposiciones corporales era evidente, en comparación con las del siglo XIX. A esto le sucedió un régimen diferente: con la emergencia de la burguesía victoriana, la sexualidad es enclaustrada, “la familia conyugal la confisca” (1991, 9), es abstraída por la función reproductora, el sexo es silencio. Se establece la ley para la “pareja legítima y procreadora” (1991, 9), es socialmente reconocida y validado su carácter sexual único, utilitario y fecundo. Esto condujo a la legitimación de la monogamia heterosexual, la cual es una fórmula del día a día, al tender a funcionar como norma rigurosa, como silenciosa.

La tendencia monogámica entonces se refiere al vínculo dual, a la elección libre y peculiar de ese otro que recreará el Yo-nosotros, peculiaridad que debe definirse como la categorización determinante de una señal alegórica de preferencia (Puget y Berenstein 1988). Es el vínculo estable, permanente y único que se establece con otra persona, que tiene un lugar privilegiado al ser como lo denominan “Objeto único ilusorio del zócalo inconsciente” (1988). Es el Yo y el sujeto amoroso unificado. Es la posibilidad de respetar los pactos implícitos o explícitos que se han construido en el vínculo amoroso dual, ya sea de privilegio sexual mutuo o de pareja abierta. Es un proyecto vital compartido, duradero y vincular en lo erótico-afectivo, en el que la construcción del Yo-nosotros, está signado por la decisión de preferir a esa persona con quien se construirá un proyecto vital compartido, la posibilidad de obtener lo que se ha soñado en pareja, aunque en el plano sentimental, en la intimidad de la relación, existan incertidumbres tras las cuales se espera poder alcanzar solo certezas al referirse al tema de la fidelidad-lealtad.

Cuando se habla de una relación vincular dual me refiero a un universo de dos-único-cerrado, tú para mí, yo para ti, sin que medien otras conjugaciones como el ustedes, ella o él, que aunque es lo que se espera, no para todas y todos es una realidad. Los intercambios diarios en otros escenarios, diferentes al configurado por la intimidad de la pareja, rompen con una cotidianidad, presentan puntos de vista diferentes, espacios de relajación y diversión necesarios para todas y todos; estos facilitan el crecimiento personal, pero al referirse a la relación vincular tales escenarios permiten la coexistencia de inseguridades, temores manifiestos y disfrazados, frente al evento de la aparición de un tercero en la relación.

La incertidumbre y la cotidianidad vuelta rutina generan conflictos, sufrimiento o violencia en las formas de comunicación o comunicación deteriorada en las parejas, consecuencia de las presiones externas a causa de factores socioeconómicos y culturales de un mundo globalizado y presa del consumo.

La familia tradicional se transforma al unísono con la exigencias del mundo globalizado; segundas uniones y uniones libres son algunos ejemplos; igualmente lo ha hecho la evolución tecnológica, presentando la virtualidad en las relaciones: “estar cerca sin estar presentes”, todo está cambiando a hipervelocidades y extremos insospechados, en el plano de las relaciones amorosas, lo que se denomina conyugal y extraconyugal, también (Lipovetsky 2008; Manrique 2001).

La relación fidelidad-infidelidad, lealtad-traición, son binas que funcionan y están presentes en el universo de las parejas. ¿Qué significan las parejas como infidelidad y como fidelidad? A partir de los relatos se hallaron tres tendencias: infidelidad intangible, infidelidad circunstancial e infidelidad permanente.

Infidelidad intangible

Esta es la forma más común y explícita en las y los entrevistados, referidas “al ver y no tocar”. No se le otorga importancia, al estar constituida por comentarios, miradas indiscretas, intercambio de sonrisas o diálogos circunstanciales que no pasan de pensamientos, definidos como “insulsos y pasajeros”. Aunque está latente un posible estado de consumación

sexual, se tiene la seguridad temprana de que no pasará nada, en cuanto la relación produzca placer, satisfacción y tranquilidad. Si bien es molesta, en la cotidianidad no presenta riesgo alguno para la relación. La infidelidad intangible tiene una distinción de género: en la fisiología masculina es más permitida culturalmente, se pueden presentar situaciones inconscientes de acto-reflejos, por el erotismo, el placer y la sexualidad expresa que se ha asociado histórica y culturalmente a la corporalidad femenina. Basta ver los avisos publicitarios de bebidas alcohólicas en las que el cuerpo femenino se asimila al placer de disfrutar una bebida que estimula los sentidos y activa el inconsciente, ese otro yo que la sociedad, a partir de las normas y lo culturalmente “correcto, incorrecto, moral o inmoral” reprime, no para todas y todos del mismo modo, ya que esto depende de los contextos socioculturales de crianza.

Nosotros no hemos vivido situaciones de riesgo o por lo menos no he sabido de ninguna que pruebe lo contrario (risas) es muy cierto que la presencia de mujeres al asecho es Total en mayúscula, pero depende de cada hombre la decisión de si-sí o de si-no. A Juan le gusta mucho mirar, es un mirón, pero creo que eso le pasa a todo los hombres, pero de ahí a que pase algo mas... no o por lo menos no por ahora, no mientras tengamos los sentimientos claros. (Entrevista, Libertad: 2009)

Ver y no tocar esa es la cuestión (risas). La infidelidad se da cuando la relación no está bien, cuando no hay amor, en ese momento se posibilita la entrada de otras personas, pero entonces uno ya no debería estar con alguien, debería estar solo y comenzar de nuevo (risas). (Entrevista, Juan: 2009)

Infidelidad circunstancial

Es aquella que no se busca, pero que las circunstancias la permiten, en los espacios laborales, en la universidad o en salidas con amigos sin la pareja. Es para ellos la más riesgosa, porque puede implicar intercambios sexuales medios o completos sin que se involucren los sentimientos. De estas “caídas” se aprende y en la mayoría de los casos, esta infidelidad

se vio como una forma de resignificación de la relación, dando paso al fortalecimiento y al crecimiento en una etapa de crisis. Se puede plantear como un “desafío al género masculino o al femenino”, a lo prohibido, que resulta tan placentero; es el conflicto entre lo moral aceptado y los retos de la vida diaria por el grupo de pares, la virilidad masculina ante la tentación de una mujer sensualmente atractiva o el caso de Camilo y Luciana en el que la estimulación alcohólica desvanece los límites y transgrede lo tácito e implícito en el compromiso vincular dual en circunstancias puntuales, tanto para la mujer como para el hombre. Los elogios, las cortesías y consideraciones de los hombres en otros espacios laborales, sociales y académicos hacia las compañeras producen situaciones de riesgo circunstancial, especialmente cuando hay crisis con la pareja. Es diferente para las mujeres en épocas de crisis afectivas con la pareja, porque, para ellas, aceptar un café o un almuerzo a algún compañero del trabajo o de estudio implica un conocimiento previo o cortejos, antes de socializar más. Es decir para las mujeres salir con “otro” implica tener una historia de conocimiento previa, tener afinidad, mientras que para los hombres esos encuentros se establecen de inmediato.

Luciana y Camilo han experimentado este tipo de circunstancias. Él es un alcohólico social, condición que se agravó después de que el hermano menor murió en el recordado accidente de la retroexcavadora y la ruta escolar del Colegio Agustiniiano Norte. Ella lo conoció después del suceso y ha sido muy comprensiva, no obstante, esta condición de Camilo los ha llevado varias veces a crisis e incluso a distanciamientos por seis meses.

Al cumplir dos años y medio de relación, vivenciaron una de las crisis más complicadas, ya que durante una reunión con compañeros del trabajo y amigos, Camilo tomó mucho licor y Luciana quiso retirarse e irse a casa, pero él insistió en quedarse; fue una situación muy incómoda. Finalmente, ella decidió irse y él siguió con el festejo. Esa noche él finalizó la noche con una de las compañeras de oficina de Luciana. Como era de esperarse, Luciana se enteró y la relación llegó a su final. Tras continuas negociaciones decidieron volver. Aunque es un episodio que

Luciana no quiere recordar, considerando además que no ha sido el único, este sirvió para fortalecer la relación y hacer compromisos claros. Actualmente él ha dejado de frecuentar esos espacios sociales y ha buscado otras opciones de diversión. Así se refiere al respecto:

O sea, yo he hablado mucho con él y pues le he dicho que cuando salimos así a compartir con un grupo o algo así, o puede ser los dos, pues a mí no me gusta que él tome demasiado, pues como que él como pierde la noción del tiempo y después, no se acuerda de lo que hace; él me dijo que iba a dejar de tomar y sí lo ha hecho (pausa) paulatinamente, aunque no se puede de un día pa' otro, pero él ha dejado de tomar y no se trata tampoco de no compartir en grupo, ni de no volver a salir, pero como tener un tope y que él ya sabe que de allí no puede pasar porque después la embarra como antes o algo así, y pues él se comprometió, fue un compromiso para volver y lo ha hecho... Yo pienso que cuando volvimos, cuando terminamos y cuando volvimos que fue como al año, más o menos, nos dimos cuenta de que, pues como que somos el uno para el otro, él quería estar conmigo y yo también quería estar con él, a pesar de lo que había pasado, pues yo pienso que fue una fortaleza, que las cosas pasan pues porque tienen que pasar y fue para bien, fue algo feo y pues fue algo que nos fortaleció mucho y desde ahí pues super. La infidelidad existe, pero una cosa es una noche de copas y otra que implique sentimientos, esas sí no se perdonan, bueno uno piensa que cuando le toque no perdonará. (Entrevista, Luciana: 2010)

Infidelidad permanente

Esta es la más temida por las parejas entrevistadas, dadas las implicaciones que tiene para la relación, ya que este tipo de infidelidad, al ser permanente, está signada no solo por intercambios sexuales, sino además por el vínculo afectivo de apego y dependencia, por lo cual es la más riesgosa. La carencia y el complemento, disponen situaciones en las que tanto hombres como mujeres pueden dar el paso hacia la infidelidad permanente. El vínculo erótico-afectivo no es suficiente en estos casos, ya que la búsqueda del equilibrio puede implicar conseguirlo en escena-

rios extraconyugales que permitan su consecución a través de intercambios enmarcados en lo afectivo, lo intelectual o lo económico, mediados claramente por lo sexual. Maritza y Ernesto tuvieron un rompimiento en la relación durante seis meses, a causa de las infidelidades de él, que aunque no son ajenas para ella, una de esas relaciones extraconyugales logró llamar la atención de Ernesto. No obstante, y pese a que tuvo una relación formal con Carmen, la presentó a la familia y hasta pensó en planes compartidos, la incesante presencia de Maritza hizo finalmente que retornara a ella. Así describe la situación:

Mi relación proviene de un encuentro circunstancial, como te decía, y yo estaba con Ernesto sabiendo que él tenía novia; finalmente, esa infidelidad nos permitió estar juntos; que pueda pasarme lo mismo sí lo he pensado, pero hay que ir un paso adelante, por eso no me preocupo y sí han existido otras. Con una sufrí porque Ernesto formalizó con ella durante seis meses, pero yo seguía presente, sé cómo manejar las cosas y las mujeres ahora no están dispuestas a negociar tanto en el hogar y a él le gusta eso... yo lo hago. (Entrevista, Maritza: 2010)

La lealtad, como una característica imprescindible en la relación vincular, se sitúa en dos planos: uno físico y otro emocional. Los dos parten del respeto por el otro, por la corporalidad del otro; el físico remite a esa unión erótico-sexual dual y el emocional a esa exaltación por el sentimiento hacia el otro, en el vínculo de pareja. Transgredir cualquiera de los dos implica traición a esa unidad que resulta de la elección, libre y tácita, de dos personas que se buscan para tener un proyecto vital compartido. La transgresión es entendida en este sentido como una falta a la palabra implícita en el contrato mutuo afectivo que lesiona profundamente el cuerpo, la razón y los sentimientos.

En general, las parejas entrevistadas encontraron las ventajas o las dificultades de las formas de infidelidad presentes en la relación, para algunas como herramienta de crecimiento de la relación, para otras como mecanismo de confianza o como detonante de lo inevitable: la separación; lo cierto es que de acuerdo con la forma y lo fuerte que sea el vínculo erótico-

afectivo, sobrevive o no la relación. Aunque para muchos podría llegar a ser imperdonable, cuando se vive, cobra otro carácter en la toma de decisión; los límites de la infidelidad en el vínculo de pareja varía, de persona a persona y de pareja en pareja. La infidelidad es una de las causas más frecuente de divorcios y puede llegar a fronteras insospechadas. Para el 2010, en Colombia se contabilizaron 13.346 divorcios, según los datos registrados por la Superintendencia de Notariado y Registro.

Como lo analiza Florence Thomas:

La infidelidad no es el fin del mundo. El amor es nómada, el amor es precario, es frágil, y el deseo es caprichoso, vagabundo y aventurero. Lo han dicho centenares de novelas de la literatura universal; lo han dicho Tolstói, Balzac, Stendhal, Flaubert, Proust, Kundera, Cortázar y Gabo, por su puesto, con sus amores en tiempos de cólera. En el amor nada basta, nada es suficiente para colmar y calmar la carencia que define lo humano, y tal vez por esto mismo, el amar a otro, a otra, es casi un acto de infidelidad. Por eso siempre he creído que la infidelidad habita en el corazón del amor y en este sentido existen miles de maneras de ser infiel sin serlo. Y, claro, también miles de maneras de ser infiel siéndolo. (2009)

Considerando lo anterior y retomando los planteamientos analíticos de lo conyugal y lo extraconyugal realizados por Rafael Manrique:

Se trata de ir experimentando. No es lógico que en un mundo tan variado, tan múltiple y poliformo, las relaciones amorosas sean iguales para todas las personas. Es deseable y necesario, encontrar la relación válida para cada situación personal. Tiene que haber muchas formas de experimentar, de vivir el amor, y la concreción en una pareja. (2001, 22)

El poder sobre la sexualidad femenina continúa expresándose en las relaciones de pareja, aunque en los discursos posmodernos se habla del reconocimiento, la autoafirmación de la corporalidad de las mujeres como sujetas de derechos, de sentidos y sensaciones, aún persiste la subyugación hacia el hombre, como dueño, benefactor y protector único. Socialmente se valida que el hombre tenga varias relaciones, que sea

un conquistador y seductor, y mantenga varias relaciones alternas; eso en el argot popular es sinónimo de hombría y virilidad, mientras que a la mujer se le suele señalar y condenar por el mismo hecho.

Proyecto de vida en pareja

Es el conjunto de acciones para unir y re-unir a la pareja en torno al logro de metas, realizaciones o planes futuros, como lo es compartir el espacio-tiempo, dotar de significantes únicos al vínculo dual y mantener la estabilidad, dadas las condiciones del contexto socioeconómico para la concreción, la reformulación o la renovación de los proyectos individuales y conjuntos (Puget y Berenstein 1988). El proyecto vital se consolida a partir de las expectativas que se tienen desde la niñez para el futuro. Con el transcurrir de los años muchas de estas se transforman o se arraigan con mayor fuerza. Pensarse en familia es una de esas ilusiones que se tienen, para muchas y muchos, como un objetivo a realizar; para otros, algo que si viene está bien, y para otras parejas no es una opción. Lo cierto es que la toma de decisión parte de encontrar a esa persona, con quien se construye un vínculo erótico-afectivo dual y se comparte la cotidianidad. El ciclo vital va orientando el logro que socialmente “debería” tenerse para cada etapa. Al llegar a una de ellas, en la que no se es tan joven y tampoco se es suficientemente viejo, los temores, por lo que no se ha con seguido, empiezan afanosamente a rondar los pensamientos, a acelerar el ritmo de vida y a inscribirse en las presurosas e insaciabiles hipervelocidades (Lipovetsky 2008) que imponen la vida.

Obtener las metas propuestas o los sueños, inexorablemente debe contar con los medios financieros para potencializarlos, más aún si los niveles de vida que se espera tener son más altos. Bienestar y mejor calidad de vida son los requisitos que debe contener el proyecto de vida futuro, los cuales son ofertados a través de bienes y servicios que el mercado pone a disposición, siempre y cuando se cuente con los recursos para adquirirlos. Estos proyectos se definen de una forma particular para cada pareja, y parten de las demandas en el plano personal, de pareja y en familia, que se presenta para mujeres y hombres, de forma diferente. La forma como cada sujeto logra posicionarse

en el mundo y proyectarse hacia el futuro parte de la autorreflexión, la autoexpresión, el autodesarrollo y la autovaloración desde su realidad social; es decir, desde la comprensión de la multidimensionalidad de su interacción con el mundo, en el que el sujeto espera, quiere ser y hacer (D'Angelo 1994).

La formación para el desarrollo integral de los proyectos de vida suponen, efectivamente, la interrelación de los aspectos físicos, emocionales, intelectuales, sociales y espirituales del individuo en la perspectiva de la configuración del campo de las situaciones vitales bajo el prisma crítico-reflexivo-creativo de su acción en las diferentes esferas de la vida social. (D'Angelo 1982, 271)

Los valores personales, el planteamiento de metas, la expresión de las aspiraciones y expectativas, así como la posibilidad de su realización (D'Angelo 1994) son los principales integrantes de proyectos de vida que, en comunión con el de la pareja, direcciona el sentir, el pensar, el explorar, el reflexionar y el actuar en torno a las factibilidades y oportunidades reales para su logro en el proyecto compartido. Las proyecciones interpersonales, sociales y profesionales convergen, de esta manera, en el proyecto de vida de hombres y mujeres, en el que las interacciones con otros y otras y las exigencias que les plantea el medio son cuestiones fundamentales. Como lo menciona D'Angelo:

El proyecto de vida, precisamente, es la estructura general que encauzaría las direcciones de la personalidad en las diferentes áreas de la actividad y la vida social, de manera flexible y consistente, en una perspectiva temporal que organiza las principales aspiraciones y realizaciones actuales y futuras de la persona. En este sentido, la construcción del futuro personal abarca todas las esferas de la vida, desde la sentimental-amorosa, la socio-política, la cultural-recreativa, hasta la profesional. (2000, 272)

El proyecto vital compartido tiene varios matices; el principal se refiere a las metas que establece cada individuo desde temprana edad y las cuales se convierten en el horizonte a seguir. Esta directriz, con el paso del tiempo, es influenciada por varios aspectos

socioeconómicos y, especialmente, con el inicio de la vida en pareja, la complejidad vincular referida a lo erótico-afectivo, la tendencia monogámica y la cotidianidad, encontrándose así tres tipologías:

1) *Unidimensional*. En la cual los proyectos de vida están signados por el sacrificio o la renuncia de una de las partes en favor del otro, es más notorio en el tema académico y la influencia que se ve reflejado en el estatus laboral y los ingresos.

2) *Equitativa*. Estos son compartidos plenamente por las parejas, sin importar la diferencia de ingresos y el apoyo mutuo para lograr conjuntamente metas individuales es una constante que se va reflejando igualmente en las metas comunes. No hay cabida para el sacrificio, sino más bien para los retos; por ello el esfuerzo y las ganas alimentan cada paso planeado y logrado.

Conocer, aprender, crear, inventar, progresar, ganar autoestima, superarse figuran entre los muchos ideales o ambiciones que los bienes comerciales no pueden satisfacer. El hombre no es solo un ser comprador, también es un ser que piensa, crea, lucha y construye. (Lipovestky 2008, 103)

3) *Alternativa*. Para la mayoría de las parejas las realizaciones están enraizadas en las que se definen tradicionalmente en los ámbitos familiares, económicos, laborales y académicos; no obstante, las transformaciones socioculturales han hecho que, en la actualidad, sea más importante vivir plenamente el día a día, en el intercambio de experiencias a través del conocimiento de otras culturas, otros paisajes, otras actividades que, como lo menciona uno de los jóvenes adultos entrevistados, “refrescan el espíritu, activan el cerebro, mas no enriquecen el bolsillo” (Entrevista, Damián: 2010). Las expectativas por alcanzar mayores niveles académicos no es lo común ni lo soñado, pero tener bienes materiales necesarios para la cómoda supervivencia, si se tienen responsabilidades familiares puntuales como los hijos o con los padres, así como tener un buen trabajo, es una clara obligación para poder acceder a los implementos y medios con el fin de ser un *buen turista*, conocer, disfrutar y experimentar sin preocupación alguna.



Archivo fotográfico del Programa de Iniciativas Universitarias para la Paz y la Convivencia, PIUPC. (Sin fecha)

El proyecto vital de esta pareja no se inscribe en los estándares socialmente esperados. La forma de ser y estar en el mundo se plantean desde ángulos diferentes y no convencionales, lo cual les brinda bienestar, felicidad y plenitud, disfrutar de las delicias gastronómicas, culturales y turísticas. Inscribirse en la sociedad del consumo parte de tres premisas: “el consumo directo, que abarca las actividades cuyo carácter romántico depende de la compra de un bien, ya sea este durable o no (por ejemplo contratar un crucero por el Caribe)” (Illouz 2009, 172-173); “el consumo indirecto, que abarca las actividades [...] que depende del consumo, pero no es resultado directo de la compra” (2009, 172-173), por ejemplo adquirir los implementos para acampar o escalar; y “La tercera categoría sería la que abarca las actividades que se dan sin mediación del consumo” (2009, 172-173), como practicar *trekking*, conocer costumbres y tradiciones de otras culturas. El proyecto de vida depende del aprendizaje continuo en el día a día, salirse de los esquemas rutinarios y tradicionales, entregándose a explorar todo lo que les presenta el mundo globalizado con mayores facilidades.

La toma de decisión para estimular un determinado proyecto de vida compartido, depende de muchos

factores, desde la posición individual-competitiva, el grado de apego-dependencia y amor-interés que exista frente al otro, las posibilidades económicas y la relación con la familia de origen o la tenencia de hijas e hijos. Cualquiera que sea la decisión, esta siempre será objeto de felicidad relativa, mediática o plena y depende de la construcción conjunta.

Conclusiones

Las condiciones laborales son fundamentales en la planeación y en la consecución de los proyectos de vida que las jóvenes adultas y los jóvenes adultos se proyectan, a corto, mediano o largo plazo. Los ideales bajo los cuales se sustentan para mujeres y hombres son similares, situados en los ámbitos académico, laboral, familiar y de pareja. Adquirir bienes inmuebles, vehículo, entre otros artículos, y pensar en la posibilidad de tener o no hijos, dependen de la estabilidad económica y del vínculo erótico-afectivo consolidado.

La cultura del consumo y la cultura emocional exigen situarse en el mercado de bienes y servicios, con la promesa de hacer la vida más fácil, encontrando la gratificación inmediata y la gratificación diferida. La construcción sobre las eventualidades de la

vida, la planeación directa de lo que se quiere, pero indirecta sobre lo que se tiene, permea el discurso de las y los jóvenes adultas y adultos. La movilización en un mundo veloz, que exige estar a la vanguardia de cada desarrollo en las instancias de la vida personal, el contexto laboral y los proyectos profesionales, impregnan el ser y el quehacer social, en los que es requisito una respuesta inmediata, posponer, rechazar o sacrificar lo que se busca.

En cuanto al vínculo erótico-afectivo, a partir del análisis de los relatos de quienes entrevisté para esta investigación, hallé tres tendencias: el *amor-placer*, que sitúa el vínculo en medio de apegos afectivos y la satisfacción de los deseos materiales; el *amor-costumbre*, signado por lazos afectivo-fraternos de bienestar, y el *amor-amor*, un vínculo que combina lo sexual, lo emocional, el apego, la necesidad y la dependencia en el plano de los sentimientos, abarcando la definición como el *por siempre felices*.

En la cotidianidad encontré tres modalidades asociadas al tipo de vinculación laboral, los ingresos recibidos, las responsabilidades individuales y las compartidas: la *economía confiada*; la *economía ajustada* y la *economía progresiva*.

La tendencia monogámica, implica experimentar, construir, recrear las realidades de la relación vincular amorosa, que parte del cómo viven el amor en la particularidad de cada pareja. Por tanto, la infidelidad en la tendencia monogámica me permitió construir tres categorías emergentes desde las narrativas de las parejas: la *infidelidad intangible*, que se presentó como la observación física de otras personas y los intercambios de miradas, sonrisas y palabras halagadoras, sin que esto tenga evolución alguna; la *infidelidad espontánea* se suscita en un espacio-tiempo particular, como encuentros circunstanciales y no pasa de ser una noche de placer sexual provocada, no buscada, y la *infidelidad permanente* que, tras intercambios sexuales, se fortalece una relación alterna a la validada socialmente. La lealtad es una característica imprescindible en la relación vincular; se sitúa en dos planos: uno físico y otro emocional, que parten del respeto por el otro, por la corporalidad del otro; el físico remite a esa unión erótico-sexual dual, y el emocional a esa exaltación por el sentimiento hacia el otro en el vínculo de pareja.

El proyecto vital compartido tiene varios matices: las metas individuales que establece cada individuo desde temprana edad, que se convierten en el horizonte a seguir. En este sentido la toma de decisión para estimular un determinado proyecto de vida compartido depende de muchos factores, desde la posición individual-competitiva, el grado de apego-dependencia y el amor-interés que exista frente al otro, las posibilidades económicas y la relación con la familia de origen o la decisión sobre tenencia de hijas e hijos.

El vínculo entre las parejas se constituye por dinámicas de amor y el deseo. En contextos postmodernos que promueven los juegos de invención re-inversión de los sentimientos y del mundo íntimo, en los que se resaltan tres tendencias en los tipos de convivencia: la ocasional, la intermitente y la permanente, son formas de convivencia que, si bien permiten la construcción del vínculo erótico-afectivo, concretar la tendencia monogámica de la unión, convivir, estimular la comunión de proyectos de vida y pensarse en familia, no se plantean de igual manera tanto para mujeres como para hombres.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Zygmund. 2008. *Libertad*. Argentina: Paidós Ibérica.
- Bauman, Zygmund y Udo Kuper. 2009. *El arte de la vida: de la vida como obra de arte*. Argentina: Paidós Ibérica.
- Beck, Ulrich. 2002. "La paradoja de la globalización". *Diario El País*. http://elpais.com/diario/2002/12/05/opinion/1039042807_850215.html (noviembre del 2011).
- Beck, Ulrich y Gernsheim Beck. 2001. *El normal caos del amor*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann. 1968. *La construcción social de la realidad*. Madrid: Amorrotu.
- Chapela, Luz Marina. 1999. *La relación de pareja*. México: Consejo Nacional de Población —Conapo—.
- Clavijo, Sergio. 1994. "Inflación o desempleo. ¿Acaso hay escogencia en Colombia?". *Archivos de Macroeconomía* (1-22). Bogotá: Departamento Nacional de Planeación / Unidad de Análisis Macroeconómico.
- D'Angelo Hernández, Ovidio. 1982. *Proyecto de vida como categoría básica de interpretación de la identidad individual y social*. Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales —Clacso—.

- D'Angelo Hernández, Ovidio. 1994. *Modelo integrativo del proyecto de vida*. La Habana: Provida.
- D'Angelo Hernández, Ovidio. 2000. *Autonomía integradora y transformación social: el desafío ético emancipatorio de la complejidad*. La Habana: Publicaciones Acuario. Centro Félix Varela.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística—DANE—, Superintendencia Financiera y Ministerio de la Protección Social. 2007. *Encuesta continua de hogares. Gran Encuesta Integrada de Hogares*. Bogotá: DANE.
- Florence, Thomas. 2009. “Carta a Robinson Díaz”. *El Tiempo*. www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-5775529 (12 de noviembre del 2012).
- Freud, Sigmund. 1915. *Pulsiones y destinos de la pulsión*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, Michel. 1977. *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. New York: Vintage Books.
- Foucault, Michel. 1991. *Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. 2009. *Historia de la sexualidad 2: el uso de los placeres*. Madrid: Siglo XXI.
- Fuks, Saúl Ignacio. 2007. “La relación de pareja como organización social: desafíos y oportunidades”. *Sistemas Familiares* 23 (1): 5-25. Buenos Aires: Asiba.
- Gracia, Orlando y Piedad Urdinola. 2000. Una mirada al mercado laboral colombiano. 2 de Boletines de divulgación económica. Bogotá: Unidad de Análisis Macroeconómico, Departamento Nacional de Planeación.
- Guzmán, Claudia. 1993. *Crisis de los 80: la participación de las mujeres en el mercado laboral*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación —DNP—.
- Hochschild, Arlie Russell. 2008. *La mercantilización de la vida íntima*. Madrid: Katz Editores.
- Hoffman, Louis, Scott Paris y Elizabeth Hall. 1996. *Psicología del desarrollo hoy*. Madrid: McGraw-Hill.
- Illouz, Eva. 2009. *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Katz Editores.
- Kreimer, Roxana. 2005. *Falacias del amor*. Buenos Aires: Editorial Anarres.
- Lipovetsky, Gilles. 2007. *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, Gilles. 2008. *La sociedad de la decepción*. Barcelona: Anagrama.
- López, Hugo. 1996. “Empleos formales e informales, asalariados independientes: balance de los cambios acaecidos entre las décadas del ochenta y noventa”. *Revista Cámara de Comercio de Bogotá* (98): 7-26. Bogotá: Cámara de Comercio de Bogotá.
- Manrique Solana, Rafael. 1996. *Sexo, erotismo y amor: complejidad y libertad en la relación amorosa*. Madrid: Edicopmes Libertarias.
- Manrique Solana, Rafael. 2001. *Conyugal y extraconyugal. Nuevas geografías amorosas*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Manrique Solana, Rafael. 2007. “Del deseo a la familia: la construcción de lo familiar”. *Familias, cambios y estrategias*. Yolanda Puyana y María Himelda Ramírez (comps.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Alcaldía Mayor de Bogotá / Secretaría Distrital de Integración Social.
- Ocampo, José. 2001. *Un futuro económico para Colombia*. Bogotá: Alfaomega.
- Paz, Octavio. 1993. *La llama doble. Amor y erotismo*. Barcelona: Seix Barral.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo —PNUD—. 2010. *Informe regional sobre desarrollo humano para América Latina y el Caribe*. Costa Rica: Editorama S. A.
- Pineda Duque, Javier. 2007. *Rastreado el trabajo de cuidado en las cifras oficiales*. Bogotá: Cider-Universidad de los Andes.
- Puget, Janine e Isidoro Berenstein. 1988. *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires: Paidós.
- Ramírez, Margarita. 2008. “Carencias y exclusiones en el acceso a empleos decentes”. *Cultura y Trabajo* 75: 16-24. Escuela Nacional Sindical Revista. Medellín: Ediciones de la ENS.
- Rico de Alonso, Ana. 1999. “Formas, cambios y tendencias en la organización familiar en Colombia”. *Revista Nómadas* 11: 110-117. Bogotá: Universidad Central.
- Uribe, Juan Guillermo. 1990. Simposio Amor en el Psicoanálisis. Medellín. Universidad de Antioquia, Fundación Freudiana de Medellín.

Entrevistas

- Camilo, ingeniero civil de 31 años, contratista. (10 de octubre de 2010. Entrevista con Lindsay Benítez para la realización de esta investigación. Bogotá.
- Catalina, socióloga de 32 años, empleada provisional. (23 de septiembre de 2010). Entrevista con Lindsay Benítez para la realización de esta investigación. Bogotá.

- Damián, antropólogo de 32 años, contratista. (13 de mayo de 2010). Entrevista con Lindsay Benítez para la realización de esta investigación. Bogotá.
- Juan, médico veterinario de 33 años, empleado provisional. (27 de febrero de 2011). Entrevista con Lindsay Benítez para la realización de esta investigación. Bogotá.
- Libertad, psicóloga de 32 años, contratista. (25 de enero de 2011). Entrevista con Lindsay Benítez para la realización de esta investigación. Bogotá.
- Luciana, abogada de 32 años, contratista. (18 de octubre de 2010). Entrevista con Lindsay Benítez para la realización de esta investigación. Bogotá.
- Manolo, ingeniero de sistemas de 33 años, empleado. (20 de abril de 2010). Entrevista con Lindsay Benítez para la realización de esta investigación. Bogotá.
- Maritza, administradora de 33 años, empleada. (18 de julio de 2010). Entrevista con Lindsay Benítez para la realización de esta investigación. Bogotá.

Bibliografía complementaria

- Ackerman, Diane. 1994. *Una historia natural del amor*. Barcelona: Anagrama.
- Álvarez, Sonia, Arturo Escobar y Evelina Dagnino. 2001. *Los feminismos latinoamericanos "se globalizan": tendencias de los 90 y retos para el nuevo milenio*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia —ICANH—.
- Astelarra, Judith. 2003. *¿Libres e iguales? Sociedad y política desde el feminismo*. Santiago de Chile: CEM ediciones.
- Bateson, Gregory. 1971. *Una unidad sagrada. Pasos ulteriores a una ecología de la mente*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Zygmund. 2005. *Amor líquido*. Argentina: Paidós Ibérica.
- Benería, Lourdes. 2001. *Género, desarrollo y globalización*. Barcelona: Editorial Hacer.
- Cabezas, Almudena. 2007. "Redes de mujeres e integración: ¿Nuevos espacios regionales latinoamericanos?". *Género, mujeres y saberes en América Latina*, 259-287. Luz Gabriela Arango y Yolanda Puyana (comps.). Bogotá: Centro de Estudios Sociales —CES—, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Castellanos, Beatriz y Alicia González. 2003. *Sexualidad y géneros. Alternativas para su educación ante los retos del siglo XXI*. Ciudad de La Habana: Editorial Científico-Técnica.
- Dabas, Elina y Dense Najmanovich. 1995. *Redes. El lenguaje de los vínculos. Hacia la construcción y el fortalecimiento de la sociedad civil*. Buenos Aires: Paidós.
- Echeverri Ángel, Ligia. 2004. "La familia en Colombia: transformaciones y prospectiva". *Cuaderno CES* (6): 7-13. Bogotá: Centro de Estudios Sociales CES, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Fernández Buey, Francisco y Jorge Riechmann. 1996. *Ni tribunos. Ideas y materiales para un programa ecosocialista*. Madrid: Siglo XXI.
- Fisher, Raúl. 2012. "Modalidades de Funcionamiento de Parejas". www.steel.com.ar/adepros/modalidades_de_funcionamiento_de%20parejas.html (12 de noviembre del 2012).
- Garay, Luis Jorge. 1997. "Las relaciones internacionales y la globalización: una síntesis analítico-reflexiva". *Análisis Político* 31: 23-43. Bogotá: Editorial Unibiblos - Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales —Iepri—, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.
- García Imaz, José Antonio. 2005. *Pensar sistémico: una introducción al pensamiento sistémico*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Gergen, Kenneth. 1996. *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Giddens, Anthony. 1998. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. José Luis Echeverry (trad.). Buenos Aires: Amorrortu.
- Giddens, Anthony. 2000a. *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Giddens, Anthony. 2000b. *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época*. Barcelona: Península.
- Fuks, Saúl Ignacio. 2006. *Estabilidad y cambio en las relaciones de pareja*. (Tesis Doctoral en Psicología Clínica. Universidad de Belgrano. Argentina).
- Leacock, Eleanor. 1992. "La interpretación de los orígenes de la desigualdad entre los géneros. Problemas conceptuales e históricos". *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*, 113-164. Carmen Ramos (comp.). Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Maldonado, María Cristina. 2002. "Familia y vida civilizada". *Revista Prospectiva* (6-7): 147-158. Cali: Universidad del Valle.

- Morín, Edgar. 1998. *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Puyana, Yolanda. 2003. *Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Cambio y permanencias*. Yolanda Puyana Villamizar (comp.). Bogotá: Almudena Editores / Universidad Autónoma de Bucaramanga / Universidad del Valle / Universidad de Cartagena / Universidad Nacional de Colombia.
- Puyana, Yolanda. 2004. "Género y familia: asociaciones necesarias". *Observatorio de Asuntos de Género* 2: 6-8. Bogotá: Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer.
- Puyana, Yolanda y María Himelda Ramírez. 2007. *Familias, cambios y estrategias*. Bogotá: Grupo de Estudios de Familia, Departamento de Trabajo Social, Centro de Estudios Sociales CES, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Parella Rubio, Sonia. 2003. *Mujer, inmigrante y trabajadora: la triple discriminación*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Sánchez Moncada, Marlene. 2003. *Familia, género y antropología. Desafíos y transformaciones*. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.
- Sassen, Saskia. 2007. *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Editorial Katz.
- Shorter, Edward. 1997. *El nacimiento de la familia moderna*. Buenos Aires: Editorial Crea.